

FEDERICO OZANAM:
Un defensor de las libertades civiles y políticas
beatificado por San Juan Pablo II (*)
por Alberto Rodríguez Varela

Voy a disertar sobre la vida y obra de Federico Ozanam. Pocos lo recuerdan hoy en nuestro país. Sin embargo, ejerció entre nosotros un gran influjo a partir de 1859, año en que se fundó la primera Conferencia Vicentina en la Parroquia de Nuestra Señora de la Merced, por iniciativa del Comandante de la Armada de Francia, André Fouët, y la colaboración de Felix Frías, José Manuel Estrada, Felipe Lavallol, Alejo de Nevares y otros contemporáneos.

Las Conferencias Vicentinas fundadas por Ozanam, no obstante haber surgido nuevas modalidades de apostolado laico, continúan en muchos países su obra benemérita al servicio de Dios en el prójimo, sobre todo en los más pequeños, en los más pobres y desvalidos, en los presos y en los enfermos, procurando seguir el camino trazado por el Señor en el Sermón de la Montaña.

En esta disertación voy a intentar evocar la vida breve y fecunda de Federico Ozanam, inspirado por el magisterio que dejó entre nosotros Ambrosio Romero Carranza, autor de una biografía y de innumerables trabajos sobre el fundador de las Conferencias Vicentinas. Rindo así homenaje a mi maestro de Derecho Político, a quien tuve el honor de secundar en la cátedra universitaria y en diversas publicaciones.

---oooOooo---

(*) Disertación pronunciada en la Academia del Plata el 21 de septiembre de 2016.

En Lyon pasó Federico su infancia y juventud, En esa ciudad cursó sus estudios secundarios en el Colegio Real, recibió lecciones de Filosofía del Abate Noirod y estudió varios idiomas. Llegó a dominar ocho: tres lenguas muertas (latín, griego y hebreo) y cinco europeas: alemán, italiano, inglés, español y su propia lengua nativa.

A los dieciocho años, en 1831, viajó a París para estudiar Derecho y Letras. Poco antes había caído la dinastía restaurada de los Borbones y se había instalado la Monarquía de Julio, con Luis Felipe de Orleans sentado en el trono de Francia. Cursó simultáneamente las dos carreras y desde sus años de estudiante comenzó a vincularse con las figuras consulares de la intelectualidad francesa. Federico conoció y trató al Vizconde Francois René de Chateaubriand, que había sido bonapartista y borbonista, para concluir auspiciando una monarquía constitucional.

Otra figura contemporánea que lideraba uno de los sectores del catolicismo de París era el Abate Lamennais. Había nacido en 1782 y publicado en 1817 un “Ensayo sobre la indiferencia religiosa”. En 1830 fundó el periódico “L’Avenir” con el lema “Dios y Libertad”. Fue un firme adversario de las tendencias galicanas y de las ideas absolutistas, y predicó con énfasis la libertad religiosa. El Cristianismo –decía- sólo necesita libertad. Entre los colaboradores más importantes de “L’Avenir” figuraron Enrique de Lacordaire y Carlos de Montalembert.

Los tres: Lamennais, Lacordaire y Montalembert consideraban que la Iglesia de Francia no debía continuar sometida al “galicanismo” imperante que coartaba su libertad. Reclamaban la vigencia efectiva de todas las libertades, particularmente de la libertad de enseñanza y de la libertad de conciencia. “L’Avenir” sostenía que el galicanismo, como el regalismo en España y el josefismo en Austria, sujetaba demasiado a la

Iglesia a la potestad temporal. Pero su prédica fue rechazada por algunos católicos de tendencias galicanas.

Ozanam, todavía muy joven, no tuvo participación en las campañas periodísticas de “L’Avenir”, pero desde esos años estudiantiles estrechó sus vínculos de amistad con Lacordaire, clérigo que después tomó a su cargo la restauración de la Orden de Predicadores, y con Carlos de Montalembert, par de Francia y propulsor de la libertad de enseñanza.

Los tres: Lamennais, Lacordaire y Montalembert cerraron provisoriamente “L’Avenir” y viajaron a Roma, para pedirle al Papa Gregorio XVI una definición. Pero el Pontífice manejaba sus propios tiempos. El error de los “Peregrinos de la Libertad” fue viajar a Roma para solicitar un inmediato pronunciamiento del Papa. Tal vez debieron ceñirse a continuar en Francia con su prédica, sin vulnerar ningún principio moral.

Gregorio XVI los recibió el 13 de marzo de 1832 con la condición de que no hablaran del memorial que a su llegada habían presentado. Varios meses después el Papa expidió su encíclica “Mirari Vos”. No mencionaba en ella a Lamennais ni rechazaba la democracia, pero condenaba la pretensión de otorgar un carácter absoluto a ciertas libertades, hasta el extremo de identificar en tesis verdad y error. No se oponía al genuino sentido de la libertad, pero advertía que también los gobiernos populares podían ser despóticos porque la soberanía, en ningún caso, tiene carácter absoluto. Enseñaba, además, que las leyes humanas no crean la moral ni todo el derecho, y que deben ajustarse al orden natural objetivo y trascendente.

Lamennais, al principio, acató el pronunciamiento pontificio. Pero las palabras hirientes de algunos galicanos lo lastimaron y amargaron, apartándolo de la Iglesia. El 7 de abril de 1833 celebró su última misa en Chesnaie. Se abrió así –dice H. Guillemin- un abismo entre él y la

Iglesia, “entre su corazón y Dios”. Aunque el Padre Carlos Cuccheti me dijo una vez que, cuando Lamennais agonizaba, pidió la presencia de un sacerdote, para reconciliarse con la Iglesia. Lamentablemente llegó cuando Lamennais había expirado. Confiemos, no obstante, en la misericordia de Dios.

En rigor, lo que Gregorio XVI y después Pío IX y León XIII rechazaban era un liberalismo que pretendía otorgar a los cuerpos legislativos una autonomía absoluta, no sujeta al orden natural, trascendente y heterónimo. Ese *liberalismo sin freno* –según expresión utilizada por Pío VI en la Encíclica *Populorum Progressio*– tuvo en el curso de la Historia manifestaciones políticas, sociales y económicas. Todas ellas derivaron de un genérico liberalismo filosófico que el mismo Pío VI rechaza en la carta apostólica *Octogesima adveniens*. Porque lo que la Iglesia, a través de sus Pontífices, ha condenado, es una visión licenciosa de la libertad humana que le lleva a prescindir de Dios y de los órdenes natural y sobrenatural.

La Iglesia, en cambio, no ha condenado el vocablo *liberalismo* en todas sus acepciones, como ocurre con el ideario político cuyas raíces se encuentran en el pensamiento de Santo Tomás y los autores de la Neoescolástica Española, y que recibimos a través de autores como Locke, Montesquieu y otros publicistas de los siglos XVII y XVIII. Esta corriente de pensamiento es el sustento más sólido del constitucionalismo que aparece en el mundo a partir de la Constitución de Filadelfia y sus enmiendas. Sobre el punto, el Papa San Juan XXIII, en la encíclica *Pacem in Terris*, dedicó varios párrafos a las declaraciones de derechos y a la división de poderes, señalando que constituyen “una señal ineludible de que los seres humanos, en la época moderna, van adquiriendo una conciencia más viva de la propia dignidad”.

Así como el vocablo democracia tiene hoy significados muy disímiles según se lo utilice para mencionar a los regímenes totalitarios comunistas (se autodefinían como “democracias populares”) o a las organizaciones políticas de Occidente (democracias constitucionales), también la palabra liberalismo ha sido empleada en los últimos doscientos años con significados antagónicos que desconcertaron a los hombres de sucesivas generaciones, incluso a los que vivieron en tiempos de Ozanam.

Pero el joven estudiante de Derecho y Letras captó la esencia del tema con singular claridad y así lo puso en evidencia en las “Conferencias de Historia” que fundó con otros tres estudiantes de derecho y dos de medicina, todos presididos por el profesor de filosofía Manuel José Bailly. Ozanam adhirió desde entonces a una concepción de la democracia distante del inmanentismo de Rousseau y sujeta a un orden natural objetivo y trascendente. Sostuvo así que “la democracia es el término natural del progreso político al cual Dios lleva al hombre”, y señaló que los poderes de los órganos de gobierno nunca son ilimitados ni absolutos. Enfrentó a los socialistas discípulos del Conde Henri de Saint Simón, rechazó con énfasis el colectivismo y el dirigismo, y defendió la propiedad privada y la subsistencia de la familia.

En 1833 el socialista Juan Broet desafió a Ozanam y su grupo a que probaran que el Cristianismo estaba vivo: “¿qué hacen –les dijo– para demostrar al mundo la vitalidad y eficacia de su Fe?”. La respuesta fue la fundación por Federico Ozanam y seis estudiantes, de las Conferencias de San Vicente de Paul bajo la presidencia del Profesor Bailly. Al año sus miembros alcanzaron el centenar y un siglo después los vicentinos, siempre al servicio de Dios en el prójimo desvalido, en los enfermos y en los presos, eran 200.000 integrantes distribuidos por el mundo en 18.000 conferencias.

En 1836 Ozanam se graduó de Doctor en Derecho y Licenciado en Letras, y se despidió de Montalembert a cuya tertulia de los domingos concurría puntualmente con Ampere, Victor Hugo, L'Herminier y muchos otros. Y volvió a Lyon, donde se inscribió como letrado en los Tribunales de esa ciudad.

En Lyon se postuló como Profesor de Derecho Comercial y fundó una Conferencia Vicentina.

En enero de 1837 comenzó a ejercer la abogacía. Pero la profesión no le atrajo, expresando sus sentimientos en carta a un amigo con breves aunque elocuentes palabras: “vuelvo siempre del tribunal con el corazón ulcerado”.

Encontrándose en París, a donde viajó para activar su nombramiento docente, murió su padre. La noticia le sorprendió mientras asistía en un desván a una mujer pobre. Su dolor se agudizó cuando poco después su madre quedó ciega. Volvió entonces a litigar para mantener la casa. Pero su madre le aconsejó que volviera a París para doctorarse en letras.

En la Sorbona rindió un examen memorable sobre Dante y la filosofía del siglo XIII. Dedicó su tesis al Abate Noirot, a Alfonso de Lamartine y a Juan Jacobo Ampere. El tribunal examinador estuvo integrado por ocho profesores, el Decano Leclerc, y el Ministro de Instrucción Pública Victor Cousin.

El examen ha sido narrado por Monseñor Alfonso Ozanam, hermano de Federico. En su extensa disertación explicó las características de la filosofía del siglo XIII, refiriéndose especialmente a los aportes de San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino. Sostuvo que Dante era un genio no sólo poético sino también filosófico y lo calificó de “Homero de la Cristiandad”. Al finalizar el examen, el Ministro (que no era católico pero que profesaba un espiritualismo ecléctico) exclamó:

“¡Señor Ozanam: su elocuencia no ha sido superada nunca en esta Facultad!” El acto se cerró con una ovación del auditorio. Los ecos del examen llegaron a Lyon, donde su Consejo Municipal lo nombró Profesor Titular de la Cátedra de Derecho Comercial. Simultáneamente, el Ministro Cousin le ofreció una cátedra de filosofía en Orleans. Pero Federico rechazó la oferta y volvió a Lyon para estar junto a su madre, quien murió poco después, el 14 de octubre de 1839.

El 16 de diciembre de 1839 inauguró su curso de Derecho Comercial. A lo largo de 1840 dictó 47 clases. Una multitud asistía a sus disertaciones. Abordó con particular hondura los diversos aspectos de la *cuestión social*. El momento era propicio. Porque un clima materialista predominaba en la ciudad de Lyon. Sobre 130.000 habitantes, 60.000 eran obreros. Se habían producido insurrecciones populares en 1831 y 1834. Los obreros tenían jornadas agotadoras, desde las 3.30 hs. de la mañana hasta las 12 hs. de la noche en verano y desde las 5 hs. hasta las 11 hs. en invierno. El movimiento de 1831 fue sofocado por el Mariscal Soult con fuerzas militares. En 1834 los obreros fueron ametrallados y ese mismo año se ratificó, a propuesta de Thiers, la ley Le Chapelier que prohibía a los trabajadores asociarse.

Ozanam, desde su cátedra, condenó el egoísmo. Se remontó a los fundamentos del Derecho Comercial recurriendo a la filosofía, la historia y la literatura. Sostuvo con firmeza que las reglas económicas y la moral cristiana no podían estar divorciadas. Fue así un precursor de la doctrina que cincuenta años después expondrá León XIII en la Encíclica *Rerum Novarum*. Defendió, además, la libertad de asociación y clamó contra la esclavitud del proletariado. Rechazó igualmente la revolución violenta y la demagogia. Y explicó como la libertad económica divorciada de la moral generaba graves problemas sociales. Se opuso tanto a los excesos del capitalismo como a las propuestas socialistas. Criticó por igual las

extralimitaciones de patronos y obreros que no se ajustaran a la moral. Se ocupó del salario justo y desestimó toda intervención dictatorial que pretenda fijar precios, tarifas y costos: “Las reglamentaciones estatales – explicó- son contrarias al desarrollo de las industrias y atentatorias a la vida del comercio, que es la libertad”. Auspició, entonces, una intervención moderada (*supletoria* la denominarán los Papas a partir de Pío XI) del Estado y el reconocimiento de la libre asociación.

Ozanam fue partidario de la cooperación entre el capital y el trabajo. Rechazó tanto el individualismo egoísta como el colectivismo por entender que ambas tendencias aplastan al hombre. Para él la justicia social era la justicia legal de los escolásticos que señala lo que los hombres deben aportar a la comunidad para el bien común. Se adelantó de esta forma ocho años a las propuestas de Monseñor Guillermo Keteler, a quien Alcides de Gasperi identificó como uno de los precursores de la *Rerum Novarum*.

Con motivo de su actividad docente se vinculó con el Director de la Academia de Lyon, el Doctor Juan Bautista Soulacroix, ante quien gestionó la adjudicación de la cátedra de Literatura Extranjera, vacante por el fallecimiento de Edgar Quinet. Fue así como conoció a su hija, Amelia Soulacroix, con la que finalmente contrajo matrimonio, el 23 de junio de 1841. Lacordaire, al comentar ese casamiento, dijo años después al Papa, después de muerto Ozanam, que “hubo una trampa que éste no supo evitar”, pero el hoy Beato Pío IX le respondió, con palabras irónicas, que “no sabía que había seis sacramentos y una trampa...”

El Ministro Cousin, que había presenciado el examen de tesis de Ozanam, se mostró dispuesto a nombrarlo en Lyon pero lo convenció que previamente se sometiera a un concurso para profesor suplente en la Sorbona. Federico aceptó a pesar de estar rezagado frente a otros postulantes. Estudió dieciocho horas diarias sin dejar de atender su

cátedra de Derecho Comercial y sus obligaciones vicentinas. Presentó un trabajo en latín y otro en francés. Los exámenes abarcaron tres días con argumentaciones orales de tres horas cada una. En parte debían ser rendidos en griego y latín. Explicó en griego la Elena de Eurípides, en latín a Lucano y Plinio, y en francés a Lafontaine y Montesquieu. Comparó la obra de este último con la de Santo Tomás de Aquino, y dedicó una posterior jornada a la literatura extranjera: alemana, inglesa, italiana y española. Fue el único postulante que utilizó los cuatro idiomas. Finalmente, disertó sobre los escoliastas griegos y latinos durante una hora y media.

Ozanam resultó vencedor. Había demostrado conocer dos lenguas muertas y cuatro europeas. Recibió así dos nombramientos: el de suplente del Profesor Fauriel en la Sorbona, y el de titular de literatura extranjera en Lyon, con retención de la cátedra de Derecho Comercial. Estas le reportaban diez mil francos anuales y la de la Sorbona sólo dos mil quinientos. Empero, con el apoyo de Amelia Soulacroix, optó por la cátedra de París porque consideró que en la Sorbona podría cumplir mejor con el testimonio cristiano que quería dar en el ámbito universitario.

El nuevo profesor, de sólo 28 años, dictó su primera clase el 7 de enero de 1841, desarrollando su magisterio en la Sorbona a lo largo de diez años. Explicó en sus cursos la literatura alemana medieval, desconocida entonces en Francia. Durante su actuación debió superar el ambiente hostil a la religión católica que predominaba en los claustros. En defensa del Profesor Carlos Lenormant, que del racionalismo se había convertido al catolicismo, y cuya clase era perturbada por los enemigos de la Iglesia, pronunció un discurso que impuso silencio a los alborotadores. Ozanam invocó expresamente las libertades de conciencia, de culto y de palabra por las que clamaban los adversarios

del catolicismo pero que negaban al Profesor Lenormant, quien poco después fue separado de su cátedra.

Cuando murió el Profesor Titular Fauriel, Cousin no se animó a proponer la designación de Ozanam y sugirió el nombre de un íntimo amigo de éste, Juan Jacobo Ampere. Pero Ampere no aceptó, expresando que debía nombrarse a Ozanam. Las autoridades finalmente accedieron y el 23 de noviembre de 1844 Ozanam fue designado profesor titular de Literatura Extranjera. Tenía sólo 31 años.

Continuó así en el ejercicio de la cátedra universitaria. Hasta seiscientos alumnos se agolpaban para oírlo y al terminar la clase frecuentemente lo acompañaban hasta su casa de la calle Fleurs. Aplaudido al iniciar su disertación, muchas veces al finalizarla debió retirarse por la ventana ante la imposibilidad de pasar entre la multitud.

Comenzó a preparar un estudio sobre los germanos desde la caída del Imperio de Occidente hasta el siglo XIII. La obra lamentablemente quedó inconclusa porque su salud comenzó a declinar, recomendándole el Decano Leclerc que moderara el uso de sus energías.

En agosto de 1846 cayó gravemente enfermo con una fiebre perniciosa. En busca de salud, viajó por Italia. Residió durante el invierno en Roma, recibiendo explicaciones del Abate Gerbert sobre las catacumbas cristianas. En Asís escribió un ensayo sobre San Francisco y un libro titulado “Poetas franciscanos”.

En Roma conversó con Pío IX, quien tenía la aureola de reformador democrático de los Estados Pontificios. Estos abarcaban el centro de Italia, con una población de tres millones de habitantes. Durante el pontificado de Pío IX se habían introducido reformas para democratizar el gobierno temporal de los Papas. El pontífice se había distanciado del partido absolutista (los “selanti”) y sustituido al Cardenal Lambruschini por el Cardenal Gizzi, de ideas democráticas. Además,

promulgó una amnistía para los delitos políticos y convocó a los laicos a los cargos públicos. Abrió el Quirinal a todos los que quisieran entrevistarse con él y garantizó la libertad de prensa, promulgando una Constitución, con un régimen representativo. El célebre Padre Ventura sostuvo que Pío IX había “bautizado” la democracia. Y en las calles de Roma se escuchaba exclamar: “Eviva Pío Nono Liberatore”.

En ese momento crucial llegó Ozanam a Roma. En esos días, Meternich, furioso con las nuevas orientaciones del pontificado para su gobierno temporal, había expresado: “Todo lo tenía previsto menos que un Papa fuera liberal”. Ozanam, en cambio, tuvo tres audiencias con Pío IX y quedó convencido de lo acertado de la línea trazada por el sucesor de San Pedro: “La política de Pío IX –escribió el 21 de abril de 1847- es siempre reformadora pero nunca revolucionaria”. Se refería, obviamente, a los excesos ocurridos en el curso de las sucesivas etapas de la Revolución Francesa

En 1847 regresó a Francia con un bagaje de ideas que, como lo sostuvo siempre Ambrosio Romero Carranza, obligan a reconocer a Ozanam como *precursor de la democracia de inspiración cristiana*. Palabras por él vertidas en sus escritos lo confirman: “Creo –escribió alguna vez- en la posibilidad de una democracia cristiana, y no creo otra cosa en materia política”.

En 1847 el régimen de la Monarquía de Julio se encontraba en crisis. Se palpaba un gran malestar social. No se había querido otorgar el sufragio universal y no existía libertad de enseñanza ni de asociación. Sobre treinta y dos millones de habitantes sólo votaban doscientos mil. En ese clima, legitimistas, bonapartistas y republicanos conspiraban. Al mismo tiempo, se había producido un acelerado avance hacia la industrialización y una modificación en las condiciones de vida de zonas antes agropecuarias. Se observaba un exagerado espíritu de lucro,

condiciones duras de trabajo para los asalariados, y segmentos que padecían situaciones de indigencia. Era la “cuestión social” que tanto preocupó a Ozanam y demás precursores de la Doctrina Social de la Iglesia. El juicio de un contemporáneo, Luis Veuillot, no podría ser más categórico: “Cuando el mundo desprecia al Evangelio y odia a los pobres, la esclavitud reaparece por todos lados en las sociedades de las cuales Dios se retira”. No es entonces sorprendente que en ese ambiente irrumpiera la prédica comunista de Carlos Marx y Federico Engels.

En oposición al materialismo histórico y a la lucha de clases, Ozanam comenzó una campaña para auspiciar la unión de clases y el reconocimiento del orden natural.

En el Círculo Católico pronunció un discurso que publicó *Le Correspondant*. Fue un llamado a los católicos de Francia para que abandonaran el absolutismo e incluso el monarquismo, procurando conciliar religión y libertad. Las palabras de Ozanam suscitaron el escepticismo de amplios círculos. Incluso algunos lo tildaron de “utopista” y “comunizante”.

La Monarquía de Julio, en tanto, marchaba hacia su colapso. El golpe final lo recibió cuando el Ministro Guizot prohibió un banquete reformista. Tal medida generó una violenta reacción. El Rey Luis Felipe destituyó a Guizot y nombró en su reemplazo al Conde Molé, quien rápidamente fue cambiado por Thiers. Pero la suerte estaba echada. El 23 de febrero de 1848 el monarca abdicó a favor de su nieto, el Conde de París, y huyó murmurando: *“me voy peor que Carlos X”*.

La multitud vociferante penetró en el Palacio y rompió cuanto encontró a su paso. Pero se produjo un tumulto y la cámara se disolvió. Se formó, entonces, una Junta Provisional que se instaló en el Hotel de Ville. Con estos hechos quedó inaugurada la segunda república francesa.

Simultáneamente, manifestantes con banderas rojas recorrían las calles de París.

Ozanam se opuso a la violencia, al saqueo y a la arbitrariedad. Atravesó las barricadas para entrevistarse en el otro extremo de la ciudad con el Padre Lacordaire, quien era partidario de una monarquía parlamentaria.

EL 24 de febrero de 1848 Ozanam –que era republicano- mantuvo una segunda entrevista con Lacordaire. Asistió también el Abate Maret. La reunión tuvo por objeto programar un plan de acción. Como resultado de ese encuentro quedó fundado el Partido de la Confianza, con Lacordaire como primera figura.

El 29 de febrero de 1848 Ozanam, Maret y Lacordaire fundaron “Le Fraternel”. Los disensos políticos entre los católicos eran manifiestos. Veuillot no simpatizaba con el republicanismo y “Le Correspondant” era conservador.

En abril “Le Fraternel” cambió de nombre y, a propuesta de Ozanam, pasó a llamarse “L’Ere Nouvelle”. Además, con Lacordaire y Maret redactó un prospecto de presentación que se publicó el 15 de abril. En su texto señalaron que era mejor para la Iglesia el régimen de libertad de los Estados Unidos de América que el absolutismo de los zares. Los redactores del nuevo periódico reclamaban libertad de educación, de enseñanza y de asociación, y levantaron la bandera de “Dios y Libertad”. El primer artículo de Ozanam estuvo dedicado a “Pio IX y su siglo”. El Arzobispo de París, Monseñor Affre, bendijo la campaña, y Monseñor Digne, futuro titular de la misma arquidiócesis, reclamó también libertad de asociación, de reunión, de cultos, de conciencia y de enseñanza.

Ozanam aceptó figurar como candidato a diputado por Lyon. La meta de su actuación la expresó en breves palabras: “Un pensamiento que es el de toda mi vida: sellar una estrecha alianza entre el

Cristianismo y la libertad”. Reclamó asimismo una vigencia efectiva de la libertad: de palabra, de enseñanza, de asociación y de culto. Sostuvo con firmeza que el Estado no debía inmiscuirse en las cuestiones de conciencia ni amordazar la prensa. En materia socioeconómica, afirmó: “Defenderé, pues, el principio sagrado de la propiedad. Pero sin tocar ese fundamento de todo el orden civil, propiciaré un sistema de impuesto progresivo”.

La candidatura de Ozanam fue presentada en el último momento, cuatro días antes de la elección. Obtuvo 16.000 votos que no le alcanzaron para resultar electo. Se incorporaron, en cambio, a la Asamblea Nacional, Lacordaire, Montalembert, Tocqueville y Melún. Lamennais fue elegido por los socialistas de París.

Pero el clima social continuaba en ebullición. Como respuesta, surgieron extremismos de derecha e izquierda. Como suele ocurrir en las situaciones de gran tensión, que polarizan las opciones de la gente, los moderados Ozanam, Lacordaire y Maret advirtieron que eran rechazados por ambos extremos. Así se llegó a la jornada revolucionaria del 15 de mayo de 1848. 50.000 obreros invadieron el recinto de la Asamblea, la que quedó de hecho disuelta. En ese ambiente de caos, Lacordaire renunció a su banca: “la experiencia me ha demostrado -dijo- que no podré conciliar en mi persona los deberes pacíficos de la vida religiosa con los severos y difíciles de representante del pueblo. Por eso me retiro de la arena de la política”.

El 23 de junio de 1848 Ozanam, como vicentino, concurrió al domicilio de un tipógrafo imposibilitado de trabajar. Al llegar por las escaleras al 5º piso cayó semi desvanecido. En esas circunstancias escuchó la lectura en voz alta que un obrero hacía del Manifiesto Comunista. Advirtió rápidamente que el comunismo predicado por Marx y Engels tenía fuerza suficiente como para hacer estallar nuestra

civilización. En un opúsculo titulado “El origen del socialismo” puso en evidencia las falsedades del comunismo. Pero su prédica era insuficiente para parar la ola de violencia. La lucha en las barricadas había comenzado. Era una verdadera guerra civil. El General Brea, que había concurrido a parlamentar con los revoltosos, fue asesinado con sus dos acompañantes. Ante esta grave situación Monseñor Affre, que había mantenido una hosca independencia frente al Rey, a instancias de Ozanam aceptó mediar en el grave conflicto. Con gran entereza se dirigió a la Bastilla, consciente de que arriesgaba su vida y con pleno conocimiento de que los insurrectos ya habían matado cinco generales. El Obispo avanzó con dos vicarios y un asistente. Mientras iniciaba las conversaciones se reanudó la lucha y una bala lo hirió mortalmente. Se desconoce la procedencia del disparo. Carlos Ozanam –el hermano médico- comprobó que la bala estaba alojada en la columna vertebral. Llevaron al prelado a su casa donde murió pronunciando palabras de perdón. Su sangre fue la última vertida porque los alzados se rindieron.

La República, a partir de junio de 1848, quedó herida de muerte. El saldo de las jornadas revolucionarias estuvo compuesto por crueldades, fusilamientos, deportaciones y un total de 15.000 muertos. 5000 sublevados fueron remitidos a Argelia.

Ozanam, desde L’Ere Nouvelle, recomendó moderación. Pero nadie lo escuchaba. Incluso gran parte de los católicos, por temor a socialistas y comunistas, se pasaron del Partido de la Confianza al Partido del Orden de Carlos de Montalembert, quien desde las columnas de “L’ Ami de la Religión” descargaba su batería intelectual contra L’ Ere Nouvelle. Lo mismo hacía Luis Veuillot desde “L’ Univers”.

En Roma la situación política también se había complicado. Carbonarios y masones alcanzaron la mayoría en la Cámara de Diputados, produciéndose el 15 de noviembre de 1848 el asesinato de

Pellegrino Rossi. Además, el Palacio del Quirinal fue asaltado y los absolutistas, críticos de la apertura de Pío IX a la democracia, se consideraron justificados. No advertían que el fracaso no era del sistema instaurado por el Papa sino consecuencia de los excesos de volterianos y carbonarios.

Lacordaire había profetizado: “Sin Cristianismo, la república no subsistirá” y Ozanam, en el mismo sentido, había advertido que “la democracia necesita, para poder vivir, la abnegación y el sacrificio de inspiración cristiana”. Al fallar estos presupuestos, las reformas de Pío IX quedaron desnaturalizadas y el Papa se vio obligado a retirarse de Roma para refugiarse en el Reino de Nápoles.

En Francia los sucesos revolucionarios produjeron consecuencias adversas a la prédica de Ozanam. Lacordaire abandonó la dirección de *L’Ere Nouvelle* y el Obispo de Montauban prohibió su lectura. No queriendo parecerse a Lamennais, Ozanam renunció a seguir escribiendo en el periódico. Continuó bajo la dirección del Abate Maret, quien finalmente lo transfirió a un monárquico legitimista, La Rochacquelaine, quien lo hizo desaparecer poco después.

Ozanam se replegó a su cátedra, a las Conferencias Vicentinas cuya presidencia asumió, y a la publicación de su libro “*Le Christianisme chez les francs*”. Los médicos, empero, le recomendaron reposo. Viajó a Bretaña para reponerse y regresó en el otoño de 1850. Hizo un nuevo viaje con Amelia y Ampere a Inglaterra, donde observó el resurgimiento del catolicismo británico iniciado por Newman, Wiseman y Manning.

Volvió a París en 1851, cuando se encontraba alta en el cielo de Francia la estrella de Luis Napoleón, sobrino del Emperador. Había liderado dos fracasadas insurrecciones, en 1836 y 1840, estuvo preso varios años y había vuelto a París después de un prolongado exilio en Estados Unidos e Inglaterra. Dotado de singular habilidad política,

consiguió ser candidato a la presidencia de la República apoyado por militares, obreros, socialistas y un sector de la derecha. Obtuvo cinco millones de votos sobre siete millones y medio en las elecciones de diciembre de 1848. Otorgó libertad de enseñanza primaria y secundaria mediante la ley “Falloux” y muchos lo sostuvieron temiendo el avance de los rojos. En 1851 sus partidarios quisieron reelegirlo por un nuevo período, pero para ello necesitaban derogar con una mayoría de dos tercios el art. 45 de la Constitución que prohibía la reelección.. Obtuvieron 446 votos contra 278, faltándole a los bonapartistas 97 sufragios. El tema, entonces, quedó resuelto por la fuerza, mediante un golpe de estado. El 2 de diciembre de 1851 la Asamblea fue disuelta y veinte días después un plebiscito nombró a Luis Napoleón presidente por diez años. El 7 de noviembre de 1852 el Senado de Francia restableció el Imperio y con un nuevo plebiscito Luis Napoleón se transformó en Napoleón III.

A Ozanam le entristeció el ocaso de la República y la adhesión de algunos católicos a Luis Napoleón. Entre ellos, Luis Veillot, que lo atacó desde las columnas de L’ Univers como si fuera un émulo de Lamennais.

En 1852, quebrantado en su salud, debió interrumpir su curso de la Sorbona. Al enterarse de alguna crítica estudiantil, retornó a la cátedra, con lo que le quedaba de fuerzas, y dio una espléndida y última clase. Después, durante un mes, se debatió entre la vida y la muerte. En noviembre de 1852 se recuperó como para viajar y se dirigió a Burgos. Se trasladó luego a Pisa, visitando a lo largo de su trayecto las conferencias vicentinas.

Encaró a la muerte con entera lucidez y se allanó a la voluntad de Dios expresándole: ***“Señor, quiero lo que Vos queréis, lo quiero como lo queréis, lo quiero porque lo queréis, lo quiero en cuanto lo queréis”***.

Apuró luego su regreso porque quería morir en Francia. Durante al viaje en barco impartió a su hermano Carlos los últimos consejos: *“No reniegues del tiempo en que te toca vivir. Porque si es verdad que nuestra sociedad se encuentra atormentada por muchas doctrinas perversas y estremecida por muchos escándalos, verás que también existen en su seno numerosas obras de caridad y costumbres verdaderamente cristianas, y observarás que la Iglesia hoy se encuentra en su verdadero lugar: el de la lucha; ya que no está destinada a triunfar en la tierra, sino a sacrificarse y sufrir. Por eso, lejos de escandalizarte por las derrotas y apostasías de que seas testigo en el campo católico, debes encontrar en ello una ocasión de afianzar tu fe al reconocer en esos hechos el cumplimiento de las promesas evangélicas, pues Jesús no nos anunció otra cosa. Él estuvo un solo instante en el Tabor y no dejó imagen alguna de su transfiguración. En cambio, pasó todo un día clavado en la cruz, y es su humanidad crucificada la que se encuentra sobre todos los altares”*.

A Alfonso, su hermano clérigo, le recordó la necesidad de evangelizar a los más pobres.

El viajero llegó finalmente a Marsella, donde lo aguardaban los vicentinos. Desembarcó y recibió del Cura Párroco el viático y la unción. Después, con un hilo de voz, recitó el salmo de David: *“Señor, aunque ahora me rodean las sombras mismas de la muerte, ya no tengo miedo porque Tú estás conmigo”*.

El 8 de septiembre de 1853, día de la Natividad de Nuestra Señora, murió Federico Ozanam. Llevaron sus restos a Lyon y después a París, al convento de los dominicos, hoy sede de la Universidad Católica.

En 1925 comenzó el proceso de canonización de Federico Ozanam, defensor ineludible de las genuinas libertades civiles y políticas. Fue declarado “Venerable” en 1993 y el 22 de agosto de 1997, en una solemne ceremonia celebrada en París, San Juan Pablo II lo beatificó. Después de recordar que en su juventud él también fue vicentino, el Papa dijo:

“Federico Ozanam, hombre de pensamiento y acción, sigue siendo para los universitarios de nuestro tiempo, para los profesores y los alumnos, un modelo de compromiso valiente, capaz de hacer oír una palabra libre y exigente en la búsqueda de la verdad y en la defensa de la dignidad de toda persona humana ¡Que sea también para ellos una llamada a la santidad!

El magisterio de León XIII, Pío X, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, el Concilio Vaticano II, Paulo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco, está estrechamente vinculado a la obra precursora cumplida por Ozanam. Por ello, el inolvidable Obispo de Temnos, Monseñor Miguel de Andrea, pudo expresar en el prólogo de la biografía escrita por Ambrosio Romero Carranza que ***“Ozanam sigue viviendo...vive en el corazón de todo cristiano que conoce y admira su obra caritativa...vive en la Doctrina Social de la Iglesia que ha tomado de sus escritos muchas de sus enseñanzas...vive en el espíritu de millares de vicentinos que trabajan en los cinco continentes por aliviar la miseria de los necesitados...y vive en todo hombre que busca el modo de recristianizar nuestra sociedad paganizada”***.

Así lo entendió el Padre Lacordaire al grabar sobre la tumba de Ozanam las palabras dichas por los ángeles a las mujeres que fueron en busca del cuerpo de Jesús el día de Su Resurrección: ***“No busquéis entre los muertos a quien vive”***.